

## ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

### LA BELLEZA DE ESTE MUNDO.

#### PALABRAS EN TORNO DE HÉCTOR TIZÓN Y SU ÚLTIMA NOVELA

por

Marcos Rodríguez

«...todo corre vertiginosamente a la nada,  
pero la nada es Dios...»

Este ensayo gira en torno de novelas. Mis palabras, entonces, estarán hablando inevitablemente de palabras, y nada más que de palabras. Quiero hacer una lectura de la novela *La belleza del mundo*, de Héctor Tizón.

Somos seres de la palabra y la forma en que comprendemos el mundo está atravesada por ella y en ella se configura. Pero no tratarán estas páginas de la forma en que se construye en esta novela una determinada imagen del mundo, sino más bien de lo que ella significa o quiere significar.

Lo que aquí se dice tiene el peso de la convicción personal. Hablo de la novela de Tizón; me gustaría hablar de algo más. Estamos, sin embargo, dentro de una novela y esta imagen del mundo, producto de las palabras, sigue siendo no más que una representación. El valor de esta representación dependerá del valor que cada lector asigne a la obra de Tizón. Dependerá de la medida de realidad que cada quien le otorgue a las palabras. No puedo, con mis palabras, hacer más. A fin de cuentas, todo punto de vista no es más que un acto de fe.

Yo, por mi parte, a Tizón le creo.

¿Qué es la belleza? ¿Cuál es esta belleza que se deja oír en el silencio, que se ve en el vacío, que se atrapa en la fugacidad? ¿Qué es esta belleza de la

nada, del mundo? ¿esta belleza que se siente un todo, que todo lo es y todo lo disuelve? ¿Cuál es, a fin de cuentas, la belleza del mundo?

Quienes transitamos las novelas de Héctor Tizón vamos conociendo poco a poco y cada vez, otra vez, este mundo, que es su obra. No puedo decir que he leído todo de este gran autor. Pero los temas que pueden preocupar a un ser humano son más bien pocos y recurrentes. A lo largo de nuestras vidas, quizá alcancen los dedos de las manos para contar aquellas cosas que nos resultaron importantes. ¿Sobre qué escribe Héctor Tizón?

El personaje de Tizón es, como arquetipo, el viajante. Muchos de sus protagonistas ni siquiera alcanzan a tener un nombre; seres del anonimato, se podría decir que son seres de la idea (pienso en este punto, por ejemplo, en los personajes de Dostoievski); sin embargo, se muestran siempre seres carnales, pasionales. En general, podríamos decir que el héroe de Tizón es un hombre herido, una consecuencia, el desecho de un hombre que ha perdido algo, lo ha perdido todo, o esté, probablemente, en camino de perderlo. Sea como fuere, no estamos nunca ante personas completas, ni seres concluidos y ubicados. El hombre de Tizón está condenado a la fuga, al camino. Si no huye de un lugar, va a otro; debe por lo menos ir de aquí para allá, para vender, para olvidar, para salvar su vida o para encontrarla. Pienso, por ejemplo, en *La casa y el viento* o *El hombre que*

*llegó a un pueblo.* Si hay un hogar, tarde o temprano tendrá que ser abandonado. El hombre de Tizón suele no encontrarse a gusto en el mundo.

Por otra parte, la fuga de los personajes es el correlato de la fuga del tiempo. Es uno de los grandes temas de Tizón: el tiempo y la muerte. El tiempo es la vida: ese irrefrenable torrente que todo lo arrasa, todo lo toca, todo se lleva consigo y nada trae, salvo la muerte y el olvido. El paisaje de Tizón es la Puna, paisaje desierto y desolado.

—*¡La puerta!*— se oye una voz, pero el muchacho no se apresura, contempla hacia fuera, hacia el fondo blanquecino y sin embargo veladamente luminoso. Es la Puna. Mira hacia la Puna, las montañas azuladas, blancas, las quebradas, hacia una lejanía abstracta y cruel, hacia la nada. (De «El mundo, una vieja caja de música que tiene que cantar», en *El jactancioso y la bella.*)

Se habla de etapas en la obra de Tizón. Una primera, de vanguardismo, cierto regionalismo y defensa de la marginalidad. Una segunda, más reposada, tal vez más universal, con un estilo llano, distinto, y dentro de la cual entraría, por ejemplo, *El hombre que llegó a un pueblo.* Y quizá se pudiera hablar de una tercera etapa, la de sus más recientes novelas. La clasificación es justa (excepto, tal vez, en esta tercera etapa que propongo) adecuada para el estudio y el análisis; pero pasa por alto el factor de la enorme continuidad que hay en toda su obra. Si no se la pasa por alto, es válido por lo menos recalcarla. Su primera etapa habla de una cultura que desaparece, de los olvidados de la historia, un mundo puneño negado y amenazado, otra vez, por la hegemonía del centro; después habla simplemente de un mundo (el mundo) que desaparece (el tiempo). ¿Hay diferencias? Por supuesto que las hay, pero importa ahora sólo recordar que la fugacidad siempre estuvo presente en su obra.

El hombre de Tizón no está en su lugar en el mundo. Hubo ya, en obras anteriores, hogares (pienso ahora en *Luz de crueles provincias*), pero esta condición de hogar no le quita al mundo el terrible peso de lo efímero. Los paisajes siguieron siendo inhóspitos; los destinos, dolorosos. Ahora Tizón nos habla de la belleza del mundo.

¿Podemos pensar, leyendo esta última novela suya, que el autor ha encontrado su lugar en el mundo?

¿Podemos pensar que ha hecho las paces con la fugacidad, o que la niega? ¿Está el hombre Tizón satisfecho? ¿De qué nos está hablando cuando nos habla de esta belleza?

Cuando se habla de Tizón, es oportuno volver a rechazar las nociones de regionalismo y de paisajismo. Ambienta su ficción en una región pero ¿qué, sobre la faz de la tierra, no lo es? Se podría hablar de regionalismo en el caso en que una escritura se configura desde el pintoresquismo, pero no es este el caso. No podríamos decir, por otra parte, exactamente en qué región se ambienta esta novela. El paisaje acompaña, como lo hace en toda la obra del autor. Sin embargo, la belleza de Tizón no es de pinturas de paisajes, primorosas llanuras o tormentas imponentes. El paisaje acompaña, pero sólo en la medida en que es el marco del mundo. En realidad, las descripciones en la novela son más bien escasas y siempre muy escuetas.

El personaje que se llama Lucas, el protagonista de la novela, pasa por tres momentos diferentes, cada uno precedido por un epígrafe de la *Odisea* (paradigma literario del hombre en peregrinación): uno, el primero, habla de amor, hogar y trabajo; el segundo, de deambular en busca y huida, seguido de una primera reconciliación; y otro, el tercero, del regreso. Se ve, es un camino circular. No sabemos de Lucas más que lo que es funcional en la novela, y es esto lo que le da un ligero tinte abstracto al personaje. Pero con Lucas asistimos, y creo que esto es una novedad en Tizón, a ese primer momento de armonía: el amor. De Lucas vemos lo que quizá en otra novela suya hubiera sido sólo la prehistoria del personaje; y esa prehistoria ocupa la mitad de la narración. Todo este primer momento está plagado de signos y marcado por la crueldad del mundo, pero es un momento de paz, al menos para Lucas, el momento del amor, que inevitablemente se quiebra. La segunda parte de la novela («Veinte años después») es lo que quizá constituiría una típica novela de Tizón. En la última («Ahora»), se da la vuelta al pueblo, que no es una vuelta al hogar; y está la reconciliación. Es todo un largo camino de despojamiento. Con la primera reconciliación, cuando «la mujer», Lucas había tenido vislumbres de aquello que sólo al final, ya despojado absolutamente de todo (incluso de los recuerdos que había vuelto para recuperar, ahora reincorporados), terminará de comprender cuando, en el último párrafo de la novela, sienta «la música del cosmos». Comprenderá lo que ha sido el camino de su vida.

El camino de despojamiento de Lucas es, en el sentido más amplio de la palabra, un camino de crecimiento. Dos son las cosas que debe aprender:

«Ser adulto significa saber que uno no tiene madre, que uno yace despierto y solo en la oscuridad de la noche.»

«...en ese momento probablemente sintió que crear el mundo es menos imposible que comprenderlo.»

Él irá, en su fuero interno, aprendiendo a golpes estas dos verdades. Pero asimiladas estas cosas, dejan al hombre sin un lugar en el que estar. Es Lucas quien vaga por los mares porque oscuramente sabe que no hay lugar para él, porque el mundo es, en sí mismo, inhóspito. Hasta que llega el final, y logra directamente observar la belleza del mundo.

El mundo no es ni se ha vuelto mágicamente en un lugar acogedor. Lleno de desgracia y de los otros, puede ser muy amenazante. Transido por el tiempo, su condición inevitable, se vuelve efímero, inaprensible, casi ilusorio. Todo lo que está en el mundo ha de pasar. Nosotros, los hombres, inevitablemente moriremos; el tiempo lo desgastará todo; el amor desaparece y todo se va, sin ningún motivo. ¿Qué clase de belleza, entonces?

Es aquí donde podríamos aferrarnos al paisaje. Lluve pausado, armoniosamente, y Lucas piensa: aquellas colinas que siempre han estado; la piedra al borde del arroyo en el que se limpia, que probablemente hace siglos que está en el mismo lugar; el pueblo al que vuelve; Laura, que existe otra vez, pero que es su hija.

...Llovía, pero no soplaba ningún viento y las gotas caían derechas a tierra... No sentía nada dentro de sí, ni preocupación ni asombro. El don de la vida y el don de

la muerte son equivalentes, y también la felicidad y la desdicha, y sobre todo la suerte y el azar... A ellos nos abandonamos o resignamos a aceptar, en silencio, sin lamentos ni estridencias, una vez que aprendemos que somos más nobles que nuestro destino de corrupción y de nada.

El mundo es lamento y nada; la vida es la herida que llevamos, irremediabilmente transitoria. Pero lo efímero del mundo traiciona. Porque una vez que aceptamos que estamos solos en la noche, que el mundo no puede entenderse, «que toda existencia individual es ilusoria... que lo único que existe es la gran corriente que fluye, y que morir o matar es sólo un gesto aparente», es entonces cuando surge la belleza. Esa verdadera belleza que irradia de cualquier cosa, que se ve, se escucha y se siente. Es la belleza de un mundo traslúcido, de este, nuestro mundo, que está en el paso ahí afuera, que se muestra en la belleza que espera a quien va más allá de sí. Y que, en esa belleza, se justifica.

La belleza del mundo en un día como hoy, por ejemplo, es un milagro; la belleza es siempre un milagro. Todo estaba en silencio, pero no un silencio simplemente de ausencia de sonidos, sino algo infinitamente más real que los sonidos. Hay un silencio en la belleza del mundo que es como inaudito y extraño, que nos hace olvidar la suerte y la desdicha y el destino personal.

**Marcos Rodríguez** egresó de la USAL como Licenciado en Letras, en 2005. Es ayudante de cátedra de Literatura Alemana. Miembro de la Asociación Argentina de Germanistas, ha publicado cuentos en *Gamma*.